

PLEGARIA DEL ESPÍRITU MESIÁNICO

Padre nuestro,
tú eres el misterio escondido en el tiempo del universo,
en la creatividad de la naturaleza y la vida,
en la historia de la humanidad y sus posibilidades de futuro.

Tú eres más íntimo a nosotros que nosotros mismos
y nos acoges siempre con benevolencia.

Te damos gracias por el don de la existencia
y por la fe y la esperanza que despierta en nosotros
Jesús de Nazaret,
que nos enseña los valores de una sociedad verdaderamente humana,
abierta a todas las naciones.
Él ha puesto los cimientos para una civilización mundial
basada en la justicia y el amor,
que promueva relaciones de solidaridad, igualdad y libertad,
como fundamento de toda paz verdadera.

Mientras trabajamos, con fe,
junto a aquellos que edifican una casa común para la humanidad,
queremos aclamarte con alegría, diciendo:

SANTO...

Santo, justo y misericordioso eres,
Padre de Jesús y de todos los humanos a los que amas.
Te damos gracias
porque has hecho alentar en nosotros la fuerza de tu Espíritu.

Te damos gracias por todos los hombres y mujeres
de cualquier época y tradición
que nos han inspirado con su pensamiento y su entrega.

Te damos gracias especialmente por las palabras y las obras de Jesús,
que nos muestran el camino de la hermandad
para la salvación a la que aspira la humanidad entera.

Él pasó haciendo el bien:
anunciando el evangelio a los pobres,
la libertad a los oprimidos,
y la vista a los ciegos,
como señales de la nueva era de gracia del Señor.

Llevó a tal extremo su solidaridad con los demás
y la denuncia de la maldad, la mentira y la injusticia
que esto le acarrió la persecución y la muerte en una cruz.

Nosotros, como comunidad reunida en su nombre,
para celebrar su memoria, recordamos aquellas últimas horas suyas:

Mientras cenaba con sus discípulos,
cogiendo un pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo:
Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros.
Haced lo mismo en memoria mía.

Después de cenar, hizo igual con la copa, diciendo:
Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre.
Cada vez que bebáis, haced lo mismo en memoria mía.

Al recordar ahora la muerte de Jesús,
tenemos presentes a quienes han dado su vida ayudando a los demás,
en esta historia humana, llena de contradicciones y horrores,
que sufre dolores de parto.

Nos sentimos humanamente hermanos con todas las personas,
de cualquier nación, lengua, religión y cultura,
porque comprendemos que es más importante la identidad común,
la que nos hace humanos e hijos de Dios.
De modo que todos formamos un solo cuerpo,
y participamos de un mismo Espíritu.

Te pedimos por todas las comunidades religiosas del mundo
y por todas las confesiones cristianas,
para que abandonemos las actitudes dogmáticas,
que hacen de la idea de Dios un ídolo cruel y vengativo,
y seamos fieles a la bondad y la misericordia del Dios vivo,
siempre dispuesto a perdonar y acoger al hijo pródigo.

Padre nuestro, renueva en nosotros el aliento de cada día,
para que contribuyamos al nacimiento de una humanidad nueva.
Por Jesucristo, nuestro hermano y maestro. Amén.